

III

Si Josephin van Berg no hubiera tenido aquel encuentro; si no hubiese respirado los embriagadores perfumes del fino pañuelo de batista, que la linda parisiense tenía entre sus afilados dedos y pasaba coquetamente por su frente, para enjugar gotas de sudor ausentes; si la joven viajera no hubiese tenido en su voz acariciadoras inflexiones, en los ojos relámpagos, amortiguados por sus magníficas pestañas, que jugaba á las mil maravillas, es probable que al día siguiente, á más tardar, van Berg hubiese tomado de nuevo el tren de Bélgica para ir, como marido magnánimo, á perdonar á su mujer y llevarla bajo el techo conyugal, profanado por ella, pero gloriosamente lavado por el esposo de aquella mancha con el castigo del galanteador.

Todas las reflexiones que Isabel acababa de hacer, él las había hecho antes que ella. Cier-

tamente que era duro sufrir semejante ultraje, difícil de olvidar; ¿pero no será eternamente imposible tratar con la ayuda de la fría razón las cuestiones de amor?

El corazón no razona; obedece á sensaciones. Pero van Berg amaba apasionadamente á su mujer.

¿Será un error ó una paradoja el sostener que la amaba más que antes de su falta?

Por nuestra parte no lo creemos.

Isabel había dicho:

—¡Si los hombres se acordasen de sus calaveradas!

Van Berg pensaba en las suyas.

No conocía el número de ellas. ¿Acaso no había sido él la causa eficiente de la caída de Clotilde?

¡Clotilde! Este nombre le crispaban los nervios, recordándole toda una serie de goces. Al pronunciarlo se presentaba á su imaginación la hermosa estatua que lo llevaba.

Isabel había añadido:

—¡Con cuantas atenciones, con cuanta sumisión expiaría mi falta!

Clotilde no había dicho tanto.

Pero con una mirada, al abandonarle, al

franquear los dinteles de aquella casa de donde la expulsaba, expresó, con más elocuencia que con mil discursos, sus tristezas y su arrepentimiento, y aún más, su admiración.

Parecía decir á su marido:

—«¡Te has conducido como un héroe! ¡Te adoro!»

Aquella mirada, presente siempre á su espíritu, le acariciaba, produciéndole estremecimientos de placer, é impulsándole á una reconciliación que deseaba más ardientemente que la culpable.

Solo una cosa hubiera podido impedirle realizar este proyecto cediendo á sus deseos; el miedo á la opinión pública, esa preocupación que conduce á tantas torpezas.

Pero la opinión estaba en su favor.

La generosidad es propia de los fuertes.

¿Quién se había mostrado más valeroso y más fuerte?

El se había conducido, en su concepto, como uno de los grandes hombres de Plutarco.

¿No había arrojado al intruso por la ventana?

¿No le había agujereado después la piel?

Decididamente tenía el derecho de ir con la

frente alta por las calles de Lieja; no podía ser contado en el número de aquellos de quienes se puede reir impunemente, ó de aquellos á quienes se puede provocar.

Nada podía detenerle.

Pero la hermosa Isabel se colocaba entre él y sus buenos propósitos.

¡Qué sirena! Gracia, soberana elegancia, distinción suprema: todo se reunía en su persona.

La simpatía había creado entre ellos uno de esos vínculos frívolos y encantadores que él deseaba fortalecer, pero sin perjuicio de romperlo en cuanto le hastiara.

Ella le permitía escribirle. ¿No era ya esto de por sí un compromiso?

Pero aparte de todo, la confesión ingenua de su falta era motivo para temer que estuviere dispuesta á incurrir en otras,

Van Berg se apeó de un coche que había tomado en el Grand-Hotel, en donde debía reunirse con unos amigos que no se hicieron esperar.

La terraza del hotel era por las tardes un sitio de agradable reunión, frecuentado por los parisienses de pura sangre y por los extranjeros millonarios.

La primera pregunta de van Berg al primero de los amigos que le salió al pasó, fué esta:

—¿Conoces á Mr. Robert?

—¿Un belga?—dijo el amigo con aire distraído.

—No, un parisiense.

—¡Ah! ¿el ingeniero de la compañía de...?

—Justamente.

—¿Quién no le conoce?

—¿Qué clase de persona es?

—Un hombre muy distinguido y muy amable.

—¿Joven?

—De treinta y siete á treinta y ocho años. ¿Qué te ha hecho?

—Nada. ¿No ha experimentado desgracias?

—¿Conyugales?

—Sí.

—Eso se dice. Su mujer es tan hermosa...

—Es verdad.

—¿La conoces?

—La he visto una vez, en el ferrocarril, un solo instante.

—Un instante puede decidir de la vida de un hombre y del honor de una mujer—exclamó riendo el amigo.

A las once, van Berg volvió á su habitación, después de pasear por los boulevares, y se asomó al balcón.

Paseando, habia llevado al amigo hacia la *rue Royale*, deteniéndose en la acera para mirar la casa señalada con el número 47.

Es esta una hermosa casa del tiempo de Luis XVI, con ventanas cuya altura es desusada hoy, que tanto se escatima el aire y el espacio en las viviendas.

Van Berg, sin decir el motivo, contemplaba estático las admirables proporciones del edificio; pero no era su aspecto exterior lo que le preocupaba y atraía, sino el fondo.

Hubiera deseado ver abrirse una de aquellas ventanas para dar paso á su adorada.

Pero perdió el tiempo. Las persianas continuaron herméticamente cerradas.

De regreso al hotel, solo en el balcón, volvía la cabeza hacia la *rue Royale*, como si evocara la imagen de Isabel.

Después entró, y cediendo á irresistible impulso, tomó un papel, ocultó un instante la cabeza entre las manos en actitud de meditar, y de pronto se puso á escribir con una pluma de ave que crugía bajo sus dedos.

«Señora:

»Esto es demasiado frio para una declaración amorosa,—pensó;—pero tampoco conviene espantar la caza.

»Señora:

»Habeis causado en mí una impresión tan estraña y profunda, que desde el instante en que dejé de veros, me parece que estoy solo, perdido en este París tan poblado, como si me hubiese perdido en los desiertos de la Arabia ó en las ardientes arenas del Sudan.»

Al llegar aquí interrumpió su trabajo.

—Es imposible—dijo—que esto no le impresionase. Continuemos.

«¡Isabel! Este nombre acude sin cesar á mis labios. ¡Cuánto daría por tener el poder de traeros á mi presencia con solo pronunciarlo! Por desgracia, tengo que contentarme con vuestro recuerdo; pero este es tan completo, que podría dibujar vuestros rasgos como si os tuviese en mi presencia.»

—¡Y pensar—dijo en voz alta,—que con palabras tan vanas se cazan estos pájaros como con red!

«Os debo los más prudentes consejos, pero, acomodándome á la costumbre, no los seguiré.

30576

»¿Por qué?

»Porque os he visto y me sería imposible amar á otra mujer.

»Reflexionad.»

»Vuestro esposo no os perdonará. Lo que menos olvida un hombre son las heridas del amor propio. Vuestro ingeniero ha sido dos veces herido: primero, por vuestra infidelidad, muy excusable, sin duda, acordándose de sus negligencias; y después, por la estocada de su adversario, dos veces victorioso. Aunque él lo deplora, estoy seguro de que será inflexible. Me desesperaría si supiese que cedía á la clemencia y maldeciría su debilidad.

»¡Si yo estuviera en su lugar!

»¡Nada de perdón!

»¡Bendigo á los legisladores que han inventado el divorcio, porque nos permite romper una cadena y formar otra nueva!

»Os suplico que me permitáis veros, manifestaros mis sentimientos, mis deseos; deseos legítimos, puesto que podéis consideraros libre, y yo soy dueño también de mi libertad, á la cual os juro no renunciar sino para unirme á vos.

»Comprendo, á pesar de todo, que vuestra

situación exige ciertas precauciones, mientras los tribunales no decidan de vuestra suerte.

»Acerca de esto, os dejo la libertad de resolver, sometiéndome de antemano á vuestras exigencias.

»Soy vuestro esclavo, mandadme.

»¡No sabéis cuánta dicha encuentro en escribiros y cuánto os agradezco el permiso que me habéis dado para que lo haga!

»¡Ya veis cómo me apresuro á aprovecharme de él!

»¿Permitís que os lo confiese? He ido como un muchacho á pasear bajo vuestras ventanas, que estaban cerradas, y no he logrado veros; pero me he desquitado pensando en vos, como siempre.

»En la mesa he estado entre dos inglesas descontentadizas y viejas que todo lo censuran y condenan.

»¡Cómo me admira la severidad de esas inglesas!

»¡Cuánto nos censurarían por esta correspondencia!

»Sin embargo, ¿hay nada más natural que ceder á la corriente de simpatía, que acerca á dos seres creados para amarse?

»Recibid mi más respetuoso saludo, querida y hermosa visión de mi alma, y creed en el inalterable respeto de vuestro apasionado admirador

»J. VAN BERG.»

—No estoy descontento de mi estilo—dijo el ingeniero al escribir el sobre de la carta, que fué inmediatamente á depositar en el buzón.

La satisfacción de sí mismo era en él habitual, por otra parte.

La respuesta no debía hacerse esperar.

IV

El saloncito que Isabel Robert ocupaba de ordinario en casa de su madre en la rue Royale, era una pieza amueblada según el gusto chino, que era el que estaba entonces de moda.

Con un poco de buena voluntad, hubiera podido cualquiera forjarse la idea de hallarse allí en la casa de un habitante del Celeste Imperio. Es cosa curiosa por demás que tratemos de bárbaros á los chinos y les compremos cuanto producen, mientras ellos lo pasan muy bien sin nosotros, no teniendo más que una aspiración: la de cerrarnos sus puertas y vernos lo menos posible; no nos quieren ver ni en pintura.

Sus dragones y los animales fantásticos de sus pagodas, sus sedas y sus porcelanas, bastan para hacerlos dichosos.

Son unos sabios.

Los muros del salón de Isabel Robert desaparecen bajo los tapices de seda amarilla, bro-